

Entre momentos y milenios: temporalizar la mediatización*

Between moments and millennia: Temporalizing mediatization

CHRISTIAN PENTZOLD

(pág 75 - pág 87)

RESUMEN. Los intentos de darle a la mediatización su sustento en el tiempo han exhibido generalmente dos orientaciones temporales distintas. En un sentido, hay estudios indispensables sobre la historicidad de los procesos de mediatización que indagan las transformaciones de larga duración. En el sentido opuesto, los medios se consideran como agentes de aceleración social que apresuran el colapso de la distanciamiento tiempo-espacio. Lo que en gran medida desaparece sin ser notado son las múltiples estructuras y experiencias temporales que caracterizan el vínculo de la gente con las tecnologías y textos mediáticos. Este trabajo invita a los investigadores a reenfocar su atención en las prácticas de andamiaje temporal (*temporal scaffolding*) a través de las cuales se configura el potencial temporalizado de los dispositivos comunicativos, programas y servicios mediáticos. Hacerlo nos ayudará a lograr una comprensión más temporoalfabetizada de la mediatización como un cambio fundamental pero multifacético de la actividad humana, las instituciones sociales y la expresión cultural.

Palabras clave: temporalidad, mediatización, aceleración, tiempo, sincronización, historia de los medios.

ABSTRACT. Attempts to ground mediatization in time have usually exhibited two distinct temporal orientations: In one direction, there are indispensable studies on the historicity of mediatization processes examining long-term transformations. In the opposite direction, media are treated as agents of social acceleration that hasten the collapse of time-space distanciations. What largely disappears unnoticed are the multiple temporal structures and experiences that characterize people's engagement with media technologies and texts. This commentary invites scholars to refocus their attention on the practices of temporal scaffolding through which the entimed potential of communicative devices, media programs and services are configured. Doing so will help us to arrive at a more time-literate understanding of mediatization as a fundamental but multi-faceted change in human activity, social institutions and cultural expression.

Keywords: temporality, mediatization, acceleration, time, synchronization, media history.

CHRISTIAN PENTZOLD es profesor de Comunicación y Estudios de los Medios en el Instituto de Medios y Comunicaciones de la Universidad de Leipzig (Alemania). Anteriormente, trabajó como profesor en la Universidad Tecnológica Chemnitz y como profesor asociado en el Centro de Investigación en Medios, Comunicación e Información (zEMKI) de la Universidad de Bremen (Alemania). Correo electrónico: <christian.pentzold@uni-leipzig.de>.

FECHA DE PRESENTACIÓN: 2/12/2020

FECHA DE ACEPTACIÓN: 18/12/2020

1. INTRODUCCIÓN

Si la mediatización, como algunos sostienen, describe adecuadamente el impacto sistémico de las innovaciones mediáticas en la transformación de las prácticas e instituciones socioculturales, deberíamos entonces poder rastrear cómo se manifiesta en la organización y regulación del tiempo. Este trabajo supone que estos cambios sociales fundamentales, basados en el tiempo, que se entretajan con el desarrollo y la difusión de las tecnologías de la comunicación y la información, deberían dejar su marca en las maneras en que procesamos y organizamos la marcha, la secuencia, los ritmos y las estaciones de la vida social (Adam, 2003). Después de todo, los calendarios y los relojes, como nos recuerda John Peters (2013, p. 33), son variedades importantes de medios logísticos que crean y mantienen los regímenes temporales de las sociedades. Consecuentemente, las innovaciones de los medios deberían influenciar el modo en que las personas organizan, evalúan y perciben el tiempo, a medida que tratan de crear y ordenar el tipo de mundo en el que viven.

En la actualidad, las formas cambiantes del tiempo de la mediatización se estudian comúnmente como fenómenos de gran escala, que cubren distancias diacrónicas extensas y siguen la lógica de una creciente aceleración. En efecto, muchas investigaciones importantes sobre la dimensión histórica de la mediatización consideran metaproses extendidos que abarcan desde décadas a milenios (Lunt y Livingstone, 2016). Sin embargo, al describir las implicaciones temporales del actual estado de mediatización, el interés analítico del tiempo se limita a una fascinación por la *cultura de la velocidad* (Tomlinson, 2007) y por el presente perpetuo de una supuesta sincronicidad global. Por consiguiente, estos intentos de conectar la mediatización al tiempo exhiben dos orientaciones temporales distintas, cuyas perspectivas adolecen ya sea de hipermetropía o de miopía. En una dirección, hay estudios indispensables sobre la historicidad de los procesos de mediatización que indagan transformaciones de larga duración que están inextricablemente vinculadas al volumen acumulativo de las tecnologías de información y comunicación. En la dirección opuesta, los medios son considerados agentes de aceleración social que apresuran el colapso de la distanciamiento tiempoespacio.

Lo que se pasa por alto en estas perspectivas hipermétrope o miope son los principios temporales alternativos y, a veces, contradictorios que señalan los períodos históricos. Estos emergen del juego cambiante entre los medios, la actividad humana, las instituciones sociales y las expresiones culturales. Sin embargo, al focalizar el aumento longitudinal de velocidad determinado por las tecnologías mediáticas dominantes, la multiplicidad de capas de las valencias temporales es, según diagnostica Emily Keightley (2013), “elidida más que explorada, y las instancias de negociación reflexiva, autoconsciente, de la lógica temporal de los medios y las experiencias resultantes del tiempo mediado son desconocidas” (p. 58). Por lo tanto, lo que en gran medida desaparece sin ser percibido en la brecha entre las sugestivas escalas de tiempo son las múltiples estructuras y experiencias temporales que caracterizan la relación de las personas con las tecnologías, los géneros y los textos mediáticos.

Una comprensión más témporoalfabetizada de la mediatización puede comenzar, por otra parte, preguntando cómo se relacionan las tecnologías mediáticas con las temporalidades encarnadas en las prácticas de control y medida del tiempo, como han propuesto KarlHeinz Hörning, Daniela Ahrens y Anette Gerhard (1999). Por supuesto, en

tanto metaproceto a gran escala, la mediatización solo puede reconocerse a largo plazo. Sin embargo, si queremos dar cuenta de su conjunción sistémica con la reproducción social y cultural, también debe ser evidente en hechos y dichos a nivel micro (Deacon y Stanyer, 2014). Reconocer estos niveles recursivos del cambio no solamente nos permitirá comprender la cambiante pero siempre “transitoria mediación del tiempo” que se abre paso a través de los procesos diacrónicos de una “mediatización del tiempo históricamente transformadora” (Fornäs, 2016, p. 5221), sino también dejar de lado la influyente idea de que las tecnologías mediáticas están inherentemente cargadas de tiempo. Así, se aleja de la popular idea de Harold Innis (1950/1991) de que hay un grupo claramente distinguible de medios durables que sustentan la consolidación y la estabilidad. Según él, los medios temporalmente sesgados —como las tablillas de arcilla o los textos manuscritos— se orientan a transportar mensajes a través de muchas generaciones. En sí mismos, entonces, favorecerían la tradición y las comunidades locales; en tanto que los medios sesgados espacialmente —medios efímeros como la radio o la televisión— se orientan a transmitir información a gran distancia.

La perspectiva desarrollada en lo que resta de este trabajo contrasta con el sugestivo binarismo de, por una parte, el recuerdo comunicativo vivido que no necesita medios manifiestos y, por otra, la memoria cultural canonizada y estabilizada que depende de la preservación de los archivos (Assmann, 2011); mientras que la argumentación se inspira en estudios sobre la domesticación de las tecnologías y los textos mediáticos en la textura temporalizada de la vida cotidiana (Berker, Hartmann, Punie y Ward, 2006; Scannell, 1996). La comprensión de estos estudios que gana es que ni las experiencias, ni los significados temporales ni los intentos de establecer o de alterar los marcos temporalizados de las prácticas vividas están sujetos a la dominación material o a la asimilación social. Antes bien, son coproducidos por la relación contingente y disputada entre la lógica temporal de los medios y las temporalidades sociales vernáculas (Lohmeier y Pentzold, 2014). A partir de esto, y en referencia a investigaciones recientes sobre la multiplicidad de temporalidades sostenidas y configuradas por los medios, este trabajo señala el rol del andamiaje basado en el tiempo que entreteje el pasado, el presente y el futuro, y, en lugar de asumir que los medios tienen un sesgo temporal inherente, invita a los investigadores a reenfocar su atención en las prácticas de andamiaje temporal a través de las cuales se configura el potencial temporalizado de los dispositivos comunicativos, programas y servicios mediáticos. Hacerlo nos ayudará a llegar a una comprensión más temporoalfabetizada de la mediatización como un cambio fundamental y multifacético en la actividad humana, las instituciones sociales y la expresión cultural que probablemente deje su marca en los aspectos prácticos y la política de la organización de pasado, presente y futuro.

2. TIEMPOS DE LA MEDIATIZACIÓN

Al tratar de ubicar la mediatización en el tiempo, hay probablemente dos tareas: una es vincular los procesos de mediatización con las cambiantes circunstancias sociales, tecnológicas e ideológicas que caracterizan los períodos históricos, y la otra, reconstruir cómo las comunicaciones influyen la conciencia del tiempo y las prácticas de configurar las dimensiones de la vida social. Gran parte del debate reciente sobre la plausibilidad de la mediatización analiza la evidencia diacrónica de sus transformaciones de metanivel, que

por definición implica cambio (Ekström, Fornäs, Jansson y Jerslev, 2016; Hepp, Hjarvard y Lundby, 2015; Hjarvard, 2013). Los análisis históricos relacionados ofrecen periodizaciones de los procesos de mediatización que cubren desde décadas hasta siglos y milenios (Lunt y Livingstone, 2016; Strömbäck, 2008). Por ejemplo, David Deacon y James Stanyer (2014) observan que “*mediatización* es un término que, por su propia estructura, implica el cambio histórico: es decir, algo o alguien que deviene cada vez más *izado*” (p. 1036). Critican, sin embargo, el hecho de que muchos de los estudios de estos cambios en realidad suponen más que demuestran los procesos de la creciente interpenetración de los medios. En este sentido, Peter Lunt y Sonia Livingstone (2016) exigen una “*agudizada conciencia histórica*” —que nos impulsa a ir más allá de una polarización simplista de *ahora* y *antes*, de *viejos* y *nuevos* medios o del siglo XXI y el *pasado*— (p. 465).

Este trabajo sostiene que una manera de hacerlo es mediante un mayor interés en el modo en que los medios han ganado arraigo en la organización temporal de la vida cotidiana. Al centrarse en corrientes de largo plazo, las investigaciones sobre el desarrollo de la mediatización han pasado por alto el modo en que las cambiantes tecnologías y textos mediáticos siempre han impactado y transformado la capacidad de las personas para establecer marcos temporales y realizar sus rutinas de programación y conmemoraciones, que probablemente hayan sido una clave de las ocupaciones diarias en todas las épocas. A este respecto, Johan Fornäs (2016) nos urge a reconocer el rol que la mediación juega tanto en los períodos históricos como en la historicidad de las prácticas mediadoras y las herramientas comunicativas: “Las herramientas comunicativas para mediatizar el tiempo —sugiere— deben ser historizadas” (p. 5221).

En realidad, la tarea de temporalizar la mediatización va más allá de poner los procesos en orden cronológico, vinculándolos a períodos anteriores o a movimientos que se desarrollaron en paralelo. Temporalizar, no solo historizar, la mediatización significaría prestar más atención a los modos históricos en que las personas llegan a crear y experimentar fases de aceleración y ralentización y, también, a cómo reordenan los tiempos en sintonía con vocabularios culturales relativos al tiempo, las mentalidades y los sistemas morales. Lo que podemos decir ahora, sin embargo, es que los conceptos de mediatización sensibles al tiempo comparten una preocupación por lo que Anthony Giddens (1981) ha descrito como la *longue durée* de épocas y generaciones, mientras ignoran en gran medida la *durée* de los ritmos recurrentes del trabajo y el ocio.

La rutinización especializada del día a día siempre ha estado asociada a problemas de cómo lograr continuidad y constancia y de cómo resolver cuestiones de secuenciación y duración, velocidad y volatilidad. Indudablemente, hay suficiente evidencia de que las cambiantes tecnologías mediáticas han ido de la mano con los desplazamientos en las técnicas de cronometraje y modulación cronológica, pero, a pesar de las complejidades de estas transformaciones, la mayoría de las sinopsis históricas asume que ha habido una creciente comprensión del tiempo en general. Los tropos clave de esos trabajos, señala Keightley (2013), son los de velocidad y aceleración. Por consiguiente, el establecimiento de la disciplina temporal en los monasterios medievales se atribuyó a la invención del reloj mecánico. Los esfuerzos posteriores para mejorar el control y la racionalización del tiempo en los municipios se vincularon a una medición más precisa del tiempo. Estos avances promovieron, como Lewis Mumford (1934/2010) y Edward Thompson (1967) postularon, la difusión del mercantilismo y, por último, el incremento de la producción industrial, en la cual el tiempo fue mercantilizado como un objeto de cambio cuantificable.

Más recientemente, el advenimiento de medios digitales e interconectados parece haber introducido una época de mayor presión y pobreza temporal, ya que ha reforzado nuestro dominio del tiempo lineal a la vez que ha intensificado nuestra conciencia del tiempo capitalista. La transición de una comunicación esforzada y lenta a una veloz, que casi no requiere esfuerzo, se relaciona con la contracción de las distancias tiempoespacio (Rosa, 2013). En efecto, muchos de los escritos sobre la especificidad de la modernidad comparten una preocupación acerca del sentimiento aparentemente universal de estar escasos de tiempo (Harvey, 1990; Hassan, 2009). En esta influyente línea de pensamiento *dromo lógico* (Virilio, 1986), las tecnologías mediáticas, descritas por Jon May y Nigel Thrift (2001) como formidables “instrumentos y dispositivos de tiempo” (p. 4), aparecen como poderosos agentes de la inmediatez y de la circulación de información en tiempo real. La aceleración social que culmina en el “tiempo sin tiempo” (Castells, 1996, p. 464) de interconexiones digitales globales deviene un rasgo dominante de la modernidad (tardía).

3. TEMPORALIDADES MÚLTIPLES Y ZONAS DE INTERMEDIACIÓN

Un análisis más temporoalfabetizado de la mediatización debería reconocer que los principios temporales son contradictorios, más que universales, y que mutan con los cambios históricos —hasta la prisa es una experiencia multidimensional y situacional que se siente de diferente manera en ciertos momentos y está arraigada en lugares particulares (Wajcman, 2015, p. 5)—.

La existencia de una pluralidad de temporalidades refleja las concepciones y experiencias difícilmente congruentes que pueden encontrarse en la conciencia, en la fisiología, en la organización y en las narrativas sociales, y, también, en la cosmología y en la geología (Reading, 2012).

Los diversos “paisajes temporales” presentes y pasados se caracterizaban y se caracterizan, señala Barbara Adam (1998, p. 54), por articulaciones contingentes y cambiantes de esquemas temporales que son un terreno clave para ejercer poder, por ejemplo, imponiendo valencias temporales, ritmos y modos, comienzos y finales (Lefebvre, 2004; Nowotny, 1994). Así, por ejemplo, hay “pioneros del tiempo” privilegiados que pueden sacar ventajas de los dispositivos mediáticos innovadores, para hacer las cosas más rápido y compaginar simultáneamente más tareas; mientras otros pueden optar por abandonar y reducir la velocidad o, incluso, sentirse postergados, como si hubieran caído del bucle de tiempo (Hörning, Gerhard y Michailow, 1995). Por lo tanto, no sucede necesariamente que un uso del tiempo más o menos estratégico y una exposición involuntaria a cronometrajes y *tempos* sean acompañados por la aceleración: las temporalidades alternativas son posibles.

Si nos interrogamos más ajustadamente sobre la múltiple temporalidad de los procesos de mediatización y sus repercusiones en las cambiantes mediaciones del tiempo, podemos obtener una visión más acabada de la era de los medios mecánicos, por ejemplo, con respecto a la apropiación del tiempo en la vida monástica. Allí, el curso del día no obedecía, de hecho, los dictados abstractos de dispositivos horológicos y las rígidas liturgias. Por el contrario, las instrucciones canónicas se adaptaban a las necesidades y costumbres locales, así como a la cantidad circadiana de luz solar (Dohrnvan Rossum, 1996). En relación con un aspecto diferente de la multiplicidad temporal, Helge Jordheim

(2014) observa que la historiografía de los siglos XVII y XVIII consideraba una pluralidad de cronologías para calcular y comparar el tiempo. Estas se basan, entre otras cosas, en las diferencias incongruentes entre los calendarios judío, musulmán, cristiano y chino, con sus inevitables errores de cuenta, superposiciones y desplazamientos. Aun los intentos de Isaac Newton y de los subsecuentes pensadores ilustrados de introducir un marco temporal absoluto no lograron construir el modelo de un movimiento lineal y teleológico incontestable (Koselleck, 2004; Wilcox, 1989).

Para su detrimento, estos intentos cronométricos no podían dar cuenta del desajuste en las demoras, los círculos, los intervalos y las aceleraciones inherentes a las secuencias de eventos y actividades culturalmente arraigados. Lejos de indicar un sistema unificado global del tiempo, estos asincronismos nos invitan a estudiar las prácticas objetadas y las incertidumbres de la coordinación temporal. Estas fueron, por ejemplo, un tema central en las negociaciones para la nueva distribución del tiempo durante la International Meridian Conference de 1884 o en las intrincadas técnicas para adaptar —con la ayuda del telégrafo, los relojes eléctricos y los horarios— los tiempos del ferrocarril en EE. UU., donde, en 1870, las 400 compañías ferroviarias usaban 75 horas locales diferentes (Bartky, 2000).

Para los investigadores interesados más en los horizontes temporales plurales que en los singulares, aún la era de los medios electrónicos no está suficientemente caracterizada por horarios estandarizados que repican con las rutinas diarias (Scannell, 1996; Silverstone y Hirsch, 1992). El énfasis en la concurrencia y predictibilidad tiende a sobrestimar, sostiene David Morley (2000), la constancia de la vida cotidiana y su dependencia de programas cíclicos. Estas perspectivas no pueden dar cuenta apropiadamente de las divisiones de género, clase, generaciones y etnicidad que informan más de un mecanismo de adaptación a las ofertas mediáticas programadas (Sharma, 2014). Además, en tanto servicios como Netflix o YouTube han contribuido a perturbar el consumo de medios lineales, los videos y los casetes de música ya habían posibilitado el desarrollo de estilos idiosincráticos de visionado y audición que iban más allá de los horarios de difusión comunes (Ang, 1996).

Otro ejemplo, ahora de los medios digitales, puede elucidar la manera en que la alta velocidad de la transmisión comunicativa se entretreje con diversas clases de transmisiones de ritmo más lento en las colectividades translocales (Couldry y Hepp, 2017, pp. 112121). En este sentido, los estudios sobre los movimientos de protesta actuales señalan, por una parte, el imperativo de instantaneidad experimentado por muchos activistas —el cual parece promover un rápido flujo de eventos y mensajes, pero deja de lado las actividades de análisis y formación de opinión, que insumen más tiempo— y, por otra parte, que los movimientos como Occupy Wall Street tratan también de incorporar preferencias temporales alternativas y presentan tanto fases de compresión temporal como de relajación temporal. Estas se relacionan con el arsenal de tecnologías mediáticas utilizadas por los manifestantes y se basan en los puntos de vista divergentes —retrospectivo y prospectivo— anidados en su acción social de capas múltiples (Postill, 2016). Por lo tanto, aunque los defensores de la antiglobalización incorporan lo que consideran el régimen temporal hegemónico de la novedad y la inmediatez, Carmen Leccardi (2007) y Anne Kaun (2017) demuestran que también esperan resistir no solo la ideología de mercado, sino también las demandas del tiempo cosmopolita dominante que la acompaña. Al hacerlo, contribuyen a la experiencia de simultaneidad más generalmente mediada, en la cual las temporalidades en realidad se multiplican en lugar de converger para crear un régimen temporal uniforme.

Esta clase de *contemporaneidad*, según la describe Peter Osborne (2013), se caracteriza “por la concurrencia de diferentes pero igualmente *presentes* temporalidades o *tiempos*, una unidad temporal en disyunción” (p. 17).

Para describir el reordenamiento mediado de múltiples escalas y coordenadas de tiempo, Keightley (2013) introduce la noción de *zonas de intermediación*. Este concepto reconoce que los medios —en su triple articulación como tecnologías, géneros y textos— facilitan la representación de diversas temporalidades. “Pensar el tiempo mediado como producido en zonas de intermediación —propone Keightley— permite la identificación de instancias en las cuales el tiempo es mediado y provee un marco para evaluar los modos en que los diferentes aspectos temporales de los medios se negocian (pp. 56, 72).

En su dimensión tecnológica, los medios no heredan demandas funcionales que determinen el uso del tiempo ni son asimilados por horarios domésticos fijos (Hörning et al., 1999). Antes bien, encontramos un conflicto dual entre las temporalidades aportadas por la tecnología mediática y las temporalidades representadas en la *performance* social. De ese modo, las prácticas temporales variables enfrentan a las tecnologías con nuevos tipos de uso y las nuevas tecnologías pueden provocar otras clases de diferenciación temporal. A este respecto, Judy Wajcman (2015) indica que las tecnologías de información y comunicación digital no sostienen un modo de inmediatez inevitable. Lo que se necesita, dice, es un estudio detallado del modo en que las personas se involucran en prácticas de planificación temporal y en las múltiples estrategias temporales que surgen de apropiarse de las capacidades temporales de los dispositivos mediáticos (Tomlinson, 2007).

En su dimensión textual, sostiene Keightley (2013), los medios también generan una gama de significados temporales. Por eso, los textos fílmicos o literarios, que básicamente atañen al tiempo y suceden en el tiempo, siempre han explorado temas narrativos y tipos de relatos que subvierten las convenciones del control del tiempo. No sorprende, entonces, que sus experimentos con las representaciones de experiencias temporales y rítmicas sean sitios de creatividad y de luchas por el poder (Keightley, 2012, p. 13). Los montajes temporales pueden priorizar más de una forma de ordenar y medir el tiempo; por ejemplo, en relación con cuestiones de expectativas o reminiscencias (*flashbacks* y *flash forwards*), de duración o fugacidad (Burges y Elias, 2016). Al hacerlo, los textos mediáticos multiplican nuestros recuerdos del pasado y nos instan a imaginar diversos futuros (Landsberg, 2004).

4. ANDAMIAJE BASADO EN EL TIEMPO MEDIADO

Considerando el modo en que las zonas de intermediación aparecen y cambian, hay una forma no muy reconocida de producir tiempo mediado en el interjuego de textos comunicativos, tecnologías mediáticas y relaciones sociales: mediante la constitución, el mantenimiento y la alteración de andamiajes temporales. La noción de *andamiajes temporales* destaca el estatuto del tiempo como una capa integral de la realidad social y acentúa la capacidad de las personas para proveer y transformar las estructuras basadas en el tiempo que sostienen la vida cotidiana. Aun cuando —o, en realidad, porque— las rutinas basadas en los medios para llevar e interactuar con los registros, tomar notas y vincularnos no solo con el pasado y el futuro distantes, sino también con los próximos son omnipresentes, pueden no parecer especialmente relevantes o importantes. Como tales, estas prácticas habituales son generalmente ignoradas por los estudiosos que indagan la evidencia histórica

de los procesos de mediatización. Mientras se esfuerzan por alcanzar una comprensión más matizada de las transformaciones relativas a los medios en el largo plazo, tienden a soslayar los modos mediados cambiantes de sincronización del día a día, que entrelazan las actividades y los eventos cotidianos a través del pasado, el presente y el futuro.

El foco analítico sobre la creación de los ritmos cíclicos de la vida y la necesidad práctica de microcoordinar la sincronización de cursos de acción y horizontes de conciencia se vinculan con la idea del *tiempo funcional* de Norbert Elias (1984). En su concepto, el tiempo sirve particularmente para coordinar la cooperación y la cohabitación. Elias sostiene que esta tarea deviene crecientemente compleja cuando, al alargarse, las cadenas de interdependencia social requieren una planificación, una regulación y un ordenamiento de los horarios más detallados y precisos (Couldry y Hepp, 2017, p. 105; Rosa, 2013, pp. 67). Consecuentemente, proveer marcos para la vida cotidiana basados en el tiempo es un ejercicio generalizado en el que nos encontramos inmersos. Su estudio puede iluminar las prácticas de sincronización que caracterizan los períodos históricos. Podemos entonces preguntarnos cómo se relaciona su modificación con los desplazamientos en las tecnologías y los diferentes tipos de textos mediáticos; cómo se involucran las personas en rutinas de narración, de programación y de rememoración y cuál es su relación con los relojes y con sus agendas horarias, semanales o anuales. También podemos interesarnos en la manera en que las personas afrontan las instituciones temporales, como las horas de operación, los horarios de transporte, las fechas de entrega o los contratos que regulan tiempos. Estas y otras cuestiones abrirán un foco complementario sobre la constitución y transformación de los procesos de mediatización en un eje cronológico.

Más aún, el avance hacia una comprensión más detallada de la temporalización de la mediatización y, a su vez, la creciente mediación de sincronizaciones entre los tiempos contrastan con los sugestivos binarios de la memoria comunicativa y cultural. A la fecha, el estudio del interjuego de medios y memoria está muy influenciado, según Astrid Erll (2011, pp. 113143), por una dicotomía imaginaria. Esta distingue, por una parte, una especie de recuerdo *vernáculo* que no necesita medios manifiestos y, por otra parte, las conmemoraciones oficiales estabilizadas y canonizadas que se apoyan en la conservación de archivos (Assmann, 2008). El problema con estos modos opuestos de articular el pasado es que olvidan la comunicatividad y mediación de todo tipo de producción de memoria. Probablemente, somos capaces de discernir diferentes modos de recolección, de acuerdo con su nivel de institucionalización, su estructura de participación más o menos regulada y su alcance temporal. Sin embargo, es un error separar las memorias vividas no mediadas y las memorias lejanas mediadas, porque nuestros actos de imaginar, construir y presentar el pasado habitualmente involucran prácticas comunicativas, así como textos y tecnologías mediáticas (Lohmeier y Pentzold, 2014; Stiegler, 2010). Por ejemplo, en Facebook, señala Andrew Hoskins (2014), las distinciones entre memoria activa y pasiva, entre rasgos permanentes o efímeros o entre archivos y narrativas devienen, en cierto modo, artificiales. No nos ayudan demasiado a comprender la manera en que los usuarios exponen la información biográfica, comentan sobre su vida en curso e interactúan pública o semipúblicamente en el presentepasado visual y auditivo de una línea de tiempo Facebook, configurada por la plataforma.

Otro caso pertinente es el rol clave que cumplen los calendarios en la organización de los tiempos (Richards, 1998). A pesar de su ubicuidad, son medios frecuentemente soslayados porque capturan los eventos históricos como contenidos reducidos (Fornäs, 2016, p. 5218). En su forma material, estos textos implican un modo particular de organizar el

tiempo cultural vis a vis, otras formas posibles de orden cronológico, como explica Paul Ricoeur (1985/1988). Su grilla nos permite fijar fechas y plazos, sustenta la sincronización de horarios y ayuda a deslizarnos hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Los calendarios son, entonces, una clase particular de medios que comunican e institucionalizan un modo histórica y culturalmente contingente de medir y secuenciar el tiempo. Se remontan a los comienzos de la civilización humana y todavía observamos innovaciones en el modo en que administran las relaciones temporales. En sí, los calendarios permiten el estudio de las prácticas de armonización de los tiempos en sus dimensiones astronómicas, culturales o fisiológicas (Ricoeur, 1985/1988, p. 209). Las investigaciones que siguen su evolución desde la Mesopotamia y el antiguo Egipto hasta el presente de calendarios Google compartibles, encuestas Doodle y robots como Talla —que simula a un asistente personal y organiza reuniones de negocios automáticamente— arrojan luz sobre las modificaciones, basadas en los medios, de la habilidad de las personas para emplear representaciones de tiempo al relatar eventos y al distinguir ciclos naturales, comunales o personales.

5. CONCLUSIÓN

Los medios y las prácticas de temporización basadas en los medios están profundamente implicados en la cultura y la cohabitación humanas y en las estructuras fundamentales de las percepciones y las expectativas. Por consiguiente, los investigadores que intentan dedicarse más profundamente a los modos en que los procesos de mediatización son configurados por las prácticas corrientes de andamiaje temporal podrían comenzar por investigar su continuidad y contingencia históricas. Al indagar cómo las diferentes zonas de intermediación aparecen, cómo se diferencian y, tal vez, entran en conflicto en el tiempo, a través de las culturas o entre campos sociales, pueden enfatizar el trabajo que insume —y siempre ha insumido— el mantenimiento y la transformación de la organización temporal y la sintonización de las interacciones cotidianas.

Una historiografía de la mediatización más temporalfabetizada podría así analizar las repercusiones de la planificación del tiempo en las normas de conducta ordenada, en la cohabitación y asentamiento poblacional, sin fricciones. Al hacerlo, se pueden contrastar las expectativas acerca de tipos de modulación temporal apropiados con formas de vida supuestamente inestables, que se consideran necesitadas de un disciplinamiento relacionado con el tiempo. El estudio de las ambiciones de organizar las temporalidades también dirige nuestra atención hacia los regímenes de evaluación de las distintas cualidades del tiempo (Wajcman, 2015, p. 170). Analizar su carga moral puede ayudarnos a entender cómo algunos momentos y fases devienen puntos significativos en el tiempo, en tanto otros son dejados de lado y no aparecen en los calendarios. ¿Qué aspectos de qué vidas, eventos o procesos son representados en la creación del tiempo social? Los marcos de sentido, las prácticas culturales y las brechas sociopolíticas informan profundamente las cuestiones de atención y reconocimiento y se manifiestan en las formas en que algunos andamiajes temporales se han normalizado mientras otros son sospechosos o precarios. Por ejemplo, mientras que, en las sociedades occidentales, la planificación, la programación y la documentación del trabajo profesional han sido áreas de interés fundamental, el trabajo invisible de la labor afectiva y las ocupaciones domésticas —que requieren mucho tiempo y son, a menudo, no opcionales— raramente entra en la crónica (Star y Strauss, 1999).

Estudios futuros pueden también evaluar el impacto de las innovaciones mediáticas más recientes en las maneras en que las personas modulan el tiempo. En la actualidad, una cantidad de análisis sugiere que las prácticas y representaciones del tiempo de mediación están cambiando debido al aumento de ubicuos medios digitales móviles (Hoskins, 2014). Estas herramientas y servicios nuevos parecen vincularse al deseo de una manipulación más veloz del tiempo, una sincronización más fácil y una mejor adaptación de los horarios. En ese sentido, las especulaciones acerca de infraestructuras que ahorran tiempo —vehículos sin conductor, viviendas inteligentes, trenes en tubos Hyperloop, etcétera— están profundamente impregnadas de ideales de eficiencia y de ansiedades acerca del tiempo malgastado. Un extenso aparato para rastrear actividades complementa los métodos de programación establecidos, como los calendarios y las agendas impresas. Como estos servicios dan lugar a problemas de atención, presentación y filtrado y no proveen trazas sin fracturas cronológicas, sería interesante analizar cómo se las arregla la gente con la información diseminada y parcial y cómo lidia con los datos corruptos, los registros evanescentes y esas partes de la vida que todavía son ignoradas por esos programas.

Además, el concepto de una multitud contingente e históricamente reagrupada de tiempos mediados enlaza con otras líneas teóricas que ponen en duda la idea de una mediatización constantemente intensificada (Hjarvard, 2013; Strömbäck, 2008). Elude así la problemática opción entre modelizar la mediatización como una cantidad de rupturas abruptas o como una transición lenta. Por el contrario, trata esas nociones como una cuestión de perspectiva epistemológica, aunque reconoce que tienen implicancias de largo alcance para la regulación y el control del impacto social de la multitud de medios (Fornäs, 2014). Según su punto de vista, las teorías de la mediatización pueden así proveer fechas de saltos revolucionarios, pueden considerar retrospectivamente un proceso continuo y evolutivo o pueden modelar ciclos recurrentes y olas, más que una progresión lineal. Cada lectura deriva su significado de cierto sentido de la experiencia temporal, de la agencia y de la eficacia causal (Canales, 2016).

Por último, cualquier intento de rastrear el aumento acumulativo longitudinal en la importancia de los medios para la reproducción social y cultural enfrenta el problema de decidir si un evento o un proceso constituye una ruptura o una continuidad —no solo diacrónicamente con lo que está antes o después de él, sino también en relación sincrónica con recorridos paralelos o tendencias opuestas (Hepp, 2013; Jordheim, 2014, p. 508)—. Esto se vuelve más evidente cuando descartamos una perspectiva occidental y tratamos de rastrear procesos de mediatización en la pluralidad global de paisajes temporales. Por consiguiente, aunque los procesos de mediatización y modernización se intersecan en un diseño intrincado (Krotz, 2014), esto no significa necesariamente que se acelerarán hasta el final de los tiempos. Una comprensión más temporalizada de los procesos de mediatización nos invita, por el contrario, a repensar su alcance y su expansión, como lo ha hecho Shmuel Eisenstadt (2000) para los múltiples recorridos que pueden seguir las sociedades en su modernización. Por lo tanto, así como hay múltiples modernidades, también podríamos encontrar una pluralidad de mediatizaciones que zigzaguean o se entrecruzan en el tiempo que tiene formas particulares de concebir su propia temporalidad.

NOTAS

* Este artículo apareció originalmente en *Media, Culture & Society*, 40(6), 927-937. Traducción del inglés por Norma Fatala (Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAM, B. (1998). *Timescapes of Modernity. The Environment & Invisible Hazards*. Londres: Routledge.
- (2003). Reflexive Modernization Temporalized. *Theory, Culture & Society*, 20(2), 59-78.
- ANG, I. (1996). *Living Room Wars. Rethinking media audiences for a postmodern World*. Londres: Routledge.
- ASSMANN, J. (2008). Communicative and Cultural Memory. En A. Erll y A. Nünning (Eds.), *Cultural Memory Studies* (pp. 109-118). Berlín: De Gruyter.
- (2011). *Cultural Memory and Early Civilization*. Cambridge University Press.
- BARTKY, I. (2000). *Selling the True Time*. Stanford University Press.
- BERKER, T., HARTMANN, M., PUNIE, Y. Y WARD, K. J. (Eds.) (2006). *Domestication of Media and Technology*. Maidenhead: Open University Press.
- BURGES, J. Y ELIAS, A. J. (2016). Time Studies Today. En J. Burges y A. J. Elias (Eds.), *Time. A Vocabulary of the Present* (pp. 1-34). Nueva York: University Press.
- CANALES, J. (2016). CLOCK/LIVED. EN J. BURGES Y A. J. ELIAS (Eds.), *Time: A Vocabulary of the Present* (pp. 113-128). Nueva York: University Press.
- CASTELLS, M. (1996). *The Rise of the Network Society. The Information Age: Economy, Society, and Culture* (Vol. 1). Oxford: Blackwell.
- COULDRY, N. Y HEPP, A. (2017). *The Mediated Construction of Reality*. Cambridge: Polity.
- DEACON, D. Y STANYER, J. (2014). Mediatization. Key Concept or Conceptual Bandwagon? *Media, Culture & Society*, 36(7), 1032-1044.
- DOHRNVAN ROSSUM, G. (1996). *History of the Hour. Clocks and Modern Temporal Orders*. Chicago: The University of Chicago Press.
- EISENSTADT, S. (2000). Multiple Modernities. *Daedalus*, 129(1), 1-29.
- EKSTRÖM, M., FORNÄS, J., JANSSON, A. Y JERSLEV, A. (2016). Three Tasks for Mediatization Research. *Media, Culture & Society*, 38(7), 1090-1108.
- ELIAS, N. (1984). *Time: An Essay*. Oxford: Blackwell.
- ERLL, A. (2011). *Memory in Culture*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- FORNÄS, J. (noviembre, 2014). *Mediatization times*. Trabajo presentado en la conferencia bianual de ECREA, Lisboa.
- FORNÄS, J. (2016). The Mediatization of ThirdTime Tools. Culturalizing and Historicizing Temporality. *International Journal of Communication*, 10, 5213-5232.
- GIDDENS, A. (1981). *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Berkeley: University of California Press.
- HARVEY, D. (1990). *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- HASSAN, R. (2009). *Empires of Speed. Time and the Acceleration of Politics and Society*. Leiden: Brill.
- HEPP, A. (2013). The Communicative Figurations of Mediatized Worlds: Mediatization Research in Times of the 'Mediation of Everything'. *European Journal of Communication*, 28(6), 615-629.
- HEPP, A., HJARVARD, S. Y LUNDBY, K. (2015). Mediatization: Theorizing the Interplay Between Media, Culture and Society. *Media, Culture & Society*, 37(2), 314-324.
- HJARVARD, S. (2013). *The Mediatization of Culture and Society*. Londres: Routledge.
- HÖRNING, K. H., AHRENS, D. Y GERHARD, A. (1999). Do Technologies Have Time? *Time & Society*, 8(2), 293-308.
- HÖRNING, K. H., GERHARD, A. Y MICHAJLOW, M. (1995). *Time Pioneers*. Cambridge: Polity.

- HOSKINS, A. (2014). The Mediatization of Memory. En K. Lundby (Ed.), *Mediatization of Communication* (pp. 661-679). Berlín: De Gruyter.
- INNIS, H. (1991). *The Bias of Communication*. Toronto: University Press. (Trabajo original publicado en 1950.)
- JORDHEIM, H. (2014). Multiple Times and the Work of Synchronization. *History and Theory*, 53, 498-518.
- KAUN, A. (2017). Our Time to Act Has Come. Desynchronization, Social Media Time and Protest Movements. *Media, Culture & Society*, 39(4), 469-486.
- KEIGHTLEY, E. (2012). Time, Media, Modernity. En E. Keightley (Ed.), *Time, Media and Modernity* (pp. 124). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (2013). From Immediacy to Intermediacy. *Time & Society*, 22(1), 55-75.
- KOSELLECK, R. (2004). *Future Past. The Analytic Tradition in Twentieth-Century Philosophy*. Nueva York: Columbia University Press.
- KROTZ, F. (2014). Mediatization as a Mover in Modernity. En K. Lundby (Ed.), *Mediatization of Communication* (pp. 131-161). Berlín: De Gruyter.
- LANDSBERG, A. (2004). *Prosthetic Memory*. Nueva York: Columbia University Press.
- LECCARDI, C. (2007). New Temporal Perspectives in the HighSpeed Society. En R. Hassan y R. E. Purser (Eds.), *24/7: Time and Temporality in the Network Society* (pp. 25-36). Stanford: University Press.
- LEFEBVRE, H. (2004). *Rhythmanalysis*. Londres: Continuum.
- LOHMEIER, C. Y PENTZOLD, C. (2014). Making Mediated Memory Work. CubanAmericans, Miami Media and the Doings of Diaspora Memories. *Media, Culture & Society*, 36(6), 776-789.
- LUNT, P. Y LIVINGSTONE, S. (2016). Is 'Mediatization' the New Paradigm for our Field? *Media, Culture & Society*, 38(3), 462-470.
- MAY, J. Y THRIFT, N. (2001). Introduction. En J. May y N. Thrift (Eds.), *Timespace: Geographies of Temporality* (pp. 147). Londres: Routledge.
- MORLEY, D. (2000). *Home Territories. Media, Mobility and Identity*. Londres: Routledge.
- MUMFORD, L. (2010). *Technics & Civilization*. Chicago: The University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 19-34.)
- NOWOTNY, H. (1994). *Time. The Modern and Postmodern Experience*. Cambridge: Polity.
- OSBORNE, P. (2013). *Anywhere or Not All. Philosophy of Contemporary Art*. Nueva York: Verso Books.
- PETERS, J. D. (2013). Calendar, Clock, Tower. En J. Stolow (Ed.), *Deus in Machina. Religion, Technology, and the Things in Between* (pp. 25-42). Nueva York: Fordham University Press.
- POSTILL, J. (2016). The Multilinearity of Protest. En O. Alexandrakis (Ed.), *Impulse to Act*. Bloomington: Indiana University Press.
- READING, A. (2012). Global Time. En E. Keightley (Ed.), *Time, Media and Modernity* (pp. 143-164). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- RICHARDS, E. (1998). *Mapping Time. The Calendar and Its History*. Oxford: University Press.
- RIQUEUR, P. (1988). *Time and Narrative* (Vol. 3). Chicago: The University of Chicago Press. (Trabajo original publicado en 1985.)
- ROSA, H. (2013). *Social Acceleration. A New Theory of Modernity*. Nueva York: Columbia University Press.
- SCANNELL, P. (1996). *Radio, Television and Modern Life*. Oxford: Blackwell.
- SHARMA, S. (2014). *In the Meantime. Temporality and Cultural Politics*. Durham: Duke University Press.
- SILVERSTONE, R. Y HIRSCH, E. (Eds.) (1992). *Consuming Technologies. Media and Information in Domestic Spaces*. Londres: Routledge.
- STAR, S. L. Y STRAUSS, A. (1999). Layers of Silence, Arenas of Voice. The Ecology of Visible and Invisible Work. *Computer Supported Cooperative Work*, 8(1), 9-30.
- STIEGLER, B. (2010). The Industrial Exteriorization of Memory. En J. T. Mitchell y M. B. Hansen (Eds.), *Critical Terms for Media Studies* (pp. 64-87). Chicago: The University of Chicago Press.

- STRÖMBÄCK, J.** (2008). Four Phases of Mediatization. An Analysis of the Mediatization of Politics. *The International Journal of Press/Politics*, 13(3), 228-246.
- THOMPSON, E. P.** (1967). Time, Work Discipline, and Industrial Capitalism. *Past and Present*, 38, 56-97.
- TOMLINSON, J.** (2007). *The Culture of Speed*. Londres: Sage.
- VIRILIO, P.** (1986). *Speed & Politics*. Nueva York: Semiotext(e).
- WAJCMAN, J.** (2015). *Pressed for Time. The Acceleration of Life in Digital Capitalism*. Chicago: The University of Chicago Press.
- WILCOX, D.** (1989). *The Measure of Times past. PreNewtonian Chronologies and the Rhetoric of Relative Time*. Chicago: The University of Chicago Press.

